

Calypso

Tatiana Lobo W.



Editorial
Costa Rica

Tatiana Lobo

Calypso



**Editorial
Costa Rica**

A Cubalí, por prestarme su memoria.

*Calypso:
ritmo afrocaribeño que narra una historia. Se origina en los
informativos clandestinos que los esclavos solían cantar y bailar,
para comunicarse las noticias del día y las maldades del amo.*

*Calypso:
personaje femenino de La Odisea, cuyo nombre significa "la que
oculta". Con ella permaneció siete años Ulises, cuando llegó a su
isla tras haber naufragado. A pesar de que a su lado lo esperaba
la inmortalidad, el héroe prefirió regresar al hogar de Penélope.*

Amanda

Cuando Lorenzo Parima se hizo a la mar, habíase cumplido un hito muy importante en la historia universal y en la suya particular. El día anterior, Lorenzo transportó su última caja de cargador de muelles al mismo tiempo que, al otro lado del Atlántico, un austríaco loco desataba la segunda guerra mundial. Pero ni Hitler ni Parima conocían la existencia de uno y otro y cada quien iniciaba una invasión a territorios ajenos, a su manera y según sus posibilidades.

A Lorenzo lo acompañaba su camarada de trabajo, el inefable Plantintáh Robinson, colega de incontables cargamentos, hombre de buena fama y calificado prestigio, el mejor estibador del Puerto. Un artista del equilibrio era Plantintáh, conocido internacionalmente por su habilidad para calcular la verticalidad de fardos, cajas y bultos, tan perfeccionista y perfeccionado, que ningún capitán de barco favorecido con sus servicios pudo, jamás, quejarse de inestabilidad en sus bodegas. Sus anchas espaldas eran capaces de duplicar y hasta triplicar la carga soportada por otros hombres de reconocida fuerza y resistencia.

Estas y otras públicas cualidades habían sido decisivas para amarrar la amistad del blanco al negro. Pero no fue la única razón. El verdadero motivo por el cual Lorenzo se encontraba a punto de iniciar la aventura más trascendental de su existencia, la que modificaría el curso de su destino, fue porque el negro contaba con los recursos necesarios para decir adiós a los muelles, a la crisis y a los salarios bajos, y darle la bienvenida a un futuro más independiente y promisorio. El comercio que juntos proyectaron, si salía bien y no tenía por qué salir mal, les permitiría abandonar para siempre el muelle y la cuadrilla número 7, y convertirse en prósperos hombres de negocios.

Además del interés meramente comercial, a Lorenzo lo cautivó la gentileza de Plantintáh cuyo verdadero nombre - si por verdadero se entiende el del registro civil- era Alphaeus Robinson. Alphaeus o Plantintáh, como se prefiera llamarlo, era también el único negro que se relacionaba con todos por igual sin discriminar religión, aspecto o color, en parte porque no era súbdito británico y por lo tanto no se sentía superior a los demás imperios, y también porque disfrutó de una infancia libre y feliz y no había conocido insultos ni humillaciones.

Su padre formó parte de una inmigración masiva de St. Kitts, isla de las Antillas Menores, que llegó al Puerto con la intención de mejorar su nivel de vida trabajando en la compañía bananera, pero a la hora de las verdades ni el salario ni las demás promesas correspondieron con la realidad. Por esta razón participó en una protesta que abarcó a más de un centenar de antillanos engañados, todos nativos de islas de dominio británico, para reclamar la repatriación. La revuelta, si bien grande y valiente, no sirvió de nada porque en lugar del pasaje de retorno los manifestantes recibieron, además de la paliza propinada por la policía, un singular discurso del cónsul inglés quien intentó aplacar los ánimos de los indignados trabajadores consolándolos con las virtudes alimenticias y el poder nutricional de los bananos. Alphaeus Robinson padre, huyendo de la golpiza y de las palabras falsas del cónsul, corrió por todo lo largo de la playa con la esperanza de llegar a Panamá, pero una muchacha bonita y graciosa, oriunda de la isla de San Andrés que parecía estar esperándolo antes de llegar a la frontera detuvo la carrera y Robinson se quedó a mitad del camino. Esa fue, al poco tiempo, la mamá de Plantintáh. Nacido entre los verdes de la selva y la cálida blancura de una solitaria playa, el muchacho creció libremente ajeno a odios raciales y rencores, razón que le permitió, cuando ya podía pararse sobre dos largas piernas más ágiles y fuertes que las de Jesse Owens (el negro que

corrió en las olimpiadas de Berlín ante los ojos espantados de los arios, inmortalizadas por la cámara de Leni Riefenstahl) callar al primero que lo llamó negro hijueputa con un *knock out* que Joe Louis hubiese envidiado honestamente. Memorable, el rechazo. Pasó a integrar el repertorio de leyendas de los anales del Puerto y terminó por crearle, a su autor, tal prestigio que nunca más tuvo necesidad de repetirlo. Solo había que observar, por unos instantes, los puños de Plantintáh para que las alusiones y las ofensas racistas quedaran atascadas en la garganta del agresor.

En otro orden de cosas, sus poderosas palmadas en las espaldas, sus carcajadas de piano en noche de jazz, la mirada bondadosa y cálida de sus ojos redondos, eran tan irresistibles como la elegancia de su cuerpo elástico, admirablemente formado, de su cabeza pequeña que tenía las facciones armoniosas y bien trazadas de un somalí. Esto último es un decir porque, en realidad, el lugar de procedencia de sus antepasados africanos era tan oscuro como su piel melaza. Mandinga, congo o carabalí -con algunos aportes europeos que habían dejado su impronta en el color de sus ojos claros-, Plantintáh olía a bayrum y su bolsillo siempre estaba dispuesto a cubrir urgencias ajenas. Bueno para arrancarle armonías a la dulzaina, era presencia obligada en fiestas y bares donde solía beber con moderación porque tenía la virtud de embriagarse con su propia risa.

Los que lo envidiaban le decían Robinson o lo llamaban Negro, o Negro Robinson si querían ser más explícitos. Y los que le querían bien, solamente Plantintáh. Betsabé y las mujeres blancas de la más rumbosa casa de putas del Puerto le decían Jicaritas de Agua Dulce, apodo expresivo y cariñoso para distinguirlo de la clientela ordinaria. Plantintáh era también un apodo, le decían así a causa de su desmesurada afición a ciertas golosinas de masa rellenas con plátano dulce teñido de rojo vegetal, que en buen inglés

se escribía plantain tart, pero que hablado en la forma dialectal de la región sonaba aproximadamente así, plantintáh. A pesar de su buen humor, su eterna sonrisa y su excelente disposición para la diversión, en el fondo era un hombre formal, tenía una novia y sus aspiraciones en este mundo giraban alrededor de su futura mujer y sus posibles chiquillos.

El dechado de perfecciones que era Plantintáh y su tremendo éxito social no pasaron desapercibidos para el astuto nativo de los valles del interior. Como hombre de montaña, campesino de tierra adentro, Lorenzo Parima tenía una facultad especial para acogerse al árbol de la mejor sombra y para beber de los arroyos más cristalinos. Bajo de estatura, nada corpulento, algo desmañado y sin ninguna habilidad notable, el blanco suplió su falta de atractivos y su carencia de gracias profitando de las virtudes del negro. Nunca iba a ninguna parte sin él, ni al trabajo, ni a los burdeles, ni a las cantinas, ni a ninguna diversión. Se las arregló hasta para conseguir que el otro pagara las facturas de sus esparcimientos, con el cuento de que él debía enviar dinero a su madre, pobre tísica, a un remoto pueblo de clima inhóspito y frío. Así, Lorenzo ahorraba lo que Plantintáh despilfarraba, porque lo que al primero le excedía en generosidad, al segundo le sobraba en cicatería. Pero ahí iba la desigual pareja, y a fuer de andar siempre juntos su relación acabó por parecerse a la amistad. Al menos eso era lo que pensaba el negro. De los pensamientos del blanco nunca podía saberse porque los ocultaba bajo una expresión ambigua que no revelaba nada.

Un velero de cabotaje provisto de un motor para las emergencias estaba junto al muelle. La embarcación de poca eslora, para un número reducido de pasajeros, destinado su espacio mayor a carga, esperaba. El océano rompía la largura de su superficie con un oleaje discreto. En la angosta cabina el capitán y su único marinero sudaban pretendiendo poner en marcha el motor para hacerse mar

adentro, donde luego lo apagarían para ahorrar combustible. Batallaban entre abundancia de imprecaciones mientras repetían tenazmente la misma maniobra, invadiendo el aire con olor a brea y aceite hasta que el ronroneo se hizo estable y media docena de pasajeros ocupó su sitio y acomodó sus maletas de cuero añejado por el uso y los malos tratos entre bultos de variado tamaño, hechura y color.

Plantintáh saltó con agilidad de venado a la cubierta y Lorenzo Parima lo siguió como pudo. El capitán recogió el grueso cable que mantenía la amurada junto al muelle y la embarcación se separó en dirección hacia el este, por donde un sol prometedor de enceguedora luminosidad ascendía en su implacable rodar.

Se alejó la ciudad con sus inglesas casas victorianas de dos plantas, adaptadas al calor del trópico, y sus calles calientes donde navegaban, en perezosa desidia, hombres y mujeres de todas razas, facciones y matices.

El agua azul lanzó destellos gozosos y muy pronto el velero se deslizó por la sedosa superficie saltando, como un juguetón delfín, entre las olas alegres de mañanear asoleadas. Mar adentro, el motor fue apagado y las velas, desplegadas por el viento, impulsaron la navegación. Lejos, al otro lado de las profundas aguas del Caribe, más allá del océano, los aviones alemanes sobrevolaban, zumbando, la espantada campiña polaca. Los pasajeros, inocentes, se preparaban para navegar sin saber que se había desatado la más grande demencia conocida en el planeta.

Los pájaros marinos, pelícanos y gaviotas, acompañaron al velero durante un cierto trecho y luego regresaron a sus rocas, a la seguridad de la playa y a la búsqueda incansable de sus alimentos habituales. Fingiendo una seguridad que estaba lejos de tener, Lorenzo contabilizaba las palmeras visibles a su derecha para no ver la proa levantarse muy por encima de la línea de flotación, hecho que lo puso nervioso.

Un pajarillo descansó sobre la borda, rascándose debajo del ala con su pico.

—La booby pide lluvia -comentó Plantintáh, volviendo sus ojos hacia el horizonte, en el que se acumulaban algunas nubes. Se puso a discurrir sobre un posible mal tiempo, en su castellano de vocales acostadas, arrastrando erres, confundiendo pronombres, y convirtiendo los artículos en algo tan indefinido que nunca se sabía el género exacto de sus sustantivos.

Lorenzo espantó al pájaro para conjurar su agüero. Los demás viajeros charlaban, despreocupados, en inglés dialectal, y a cortos intervalos se escuchaba el susurro misterioso de los indios, siempre proclives al silencio. Ninguno pareció advertir ni escuchar el comentario de Plantintáh.

Cuando la franja costera perdió su verde brillantez y se tornó opaca y gris por la distancia, un aguacero moderado comenzó a caer y las olas cambiaron sus inocentes jugueteos por hostilidades crecientes. Los pasajeros esperaron, al aire libre, un rato prudencial, permitiendo que se les humedeciera la cabeza. Al cabo levantaron los ojos al cielo y sin hacer comentarios pasaron a guarecerse en la estrechez de la cabina. Ahora el cielo tenía el color del plomo.

Estrujado entre los acerados muslos de su amigo y las caderas de algodón de una negra gorda que dijo llamarse Marian Anderson, Lorenzo procuraba disimular el susto atendiendo a la conversación de sus compañeros de ruta, sin entender mayor cosa y sin pretenderlo tampoco. Su experiencia con el agua salada se reducía a ocasionales chapuzones domingueros, siempre en la orilla, temeroso del oleaje, espantado de su fuerza y de las insondables cavernas marinas, trampas mortales en las que solían ahogarse buzos y pescadores. Navegar, lo que se dice navegar, nunca lo había hecho.

Se trasladó a la costa porque detestaba la agricultura y porque las tierras de su padre eran demasiado pocas para ser repartidas entre tantos hijos. Después de cursar algunos años de escuela, niño aún para rebelarse contra su destino, dejó pasar los años sembrando frijoles y ayudando a su familia en las tareas obligadas. Pero apenas cumplió los dieciséis, lió sus bártulos y se escapó hacia el norte del país, donde trabajó correteando vacas. Insatisfecho, decidió probar suerte en el punto cardinal contrario. Estuvo un tiempo en las fincas bananeras y después, aunque no tenía ninguna experiencia como estibador, logró que le dieran trabajo en los muelles, pese a que la situación del Puerto era crítica, el salario malo, y él con muy poca corpulencia para desempeñar la faena.

Para ahuyentar su terror al mar, evitó el pensamiento de que no sabía nadar y buscó refugio en el proyecto que Robinson le propuso y que él, ansioso de mejorar su condición económica, aceptó. El sueño del comisariato, bautizó Plantintáh a la visión apocalíptica de cientos de tarros de leche condensada alineados, como un ejército, en estanterías paralelas alargadas hacia el infinito, una sobre otra, compartiendo el espacio con jabones amarillos y caseros, sobrepuestos cual barras de oro, a continuación cortes de percal, zaraza y sedas floreadas seguidos por clavos, alicates y lápices de labio, talcos, pastas dentífricas, clavos y tornillos, aspirinas, lámparas de canfín, candelas y cajas de talco, ollas, cristalería y tazas de loza, calzoncillos de algodón, cigarrillos, té y machetes. En el suelo: sacos de arroz, fideos finos, macarrones, sacos de azúcar blanca, picos, palas, monturas y aperos. Sobre el mostrador, un enorme recipiente de vidrio lleno de confites donde el azúcar compartía rayas verdes con otras coloradas. La lista de todos estos productos había sido elaborada por el negro, a la que el blanco agregó el infaltable café de su terruño natal.

Todo esto y una horda de clientes entrando por la puerta, acabando como zompopas con los granos y el azúcar, mujeres disputando fruslerías, y ellos dos vaciando la bodega para reponer la mercadería vendida. Y el dinero debajo del colchón. O entre las tablas de la pared. O en el banco. O donde mejor resguardo se encontrara para él.

Lo mejor de la cosa -sonreía Lorenzo-, era que él no necesitaba poner un centavo de su dinero, porque el capital sería aportado por la novia del negro, pequeña herencia adquirida al morir sus padres. Amanda Scarlet era la novia de Plantintáh desde la más remota infancia, y si él se había alejado de ella para salir a trabajar al Puerto fue con el propósito de hacer sus propios ahorros, lo que a la larga no consiguió porque hasta su último salario lo gastó en regalos para ella. Entre camisones de telas pintorescas y bibelots inútiles le compró un sombrero de fieltro que tenía un racimo de uvas de fantasía, con el que esperaba verla -explicó- muy elegante cuando hicieran su primer viaje en tren a la capital. Plantintáh hablaba de su Amanda con exultante entusiasmo. Según él, no había palabras para describir tanta belleza. Lorenzo se lo creía, le gustaban mucho las mujeres negras y de tanto en tanto alguna muchacha de carbón mineral le hacía volver los ojos en las calles del Puerto, reconocía que tenían cuerpos mejor formados que las mujeres blancas de la zona, pero en el fondo de sí mismo, su ideal de belleza femenina era la estampa de un almanaque con la propaganda de Mejoral donde se veía a una rubia de sonrisa pícara, cutis de porcelana y grandes pechos rosados encaramada en un asiento de bar.

A Lorenzo lo que ahora le inquietaba no era la belleza de la novia de su socio, sino el que surgiera algún imponderable que echara por tierra los sueños del comisariato. Podía suceder que al llegar a Monky Point - punto de su destino y pretexto del viaje que estaban haciendo, lugar remoto donde había una fiesta de

cumpleaños- se esfumara el tal capital o la tal Amanda Scarlet se hubiera largado con otro, y con esto se hiciera humo el negocio.

Entonces sí que la vida se le complicaría mucho a Lorenzo Parima porque, con la crisis, su plaza ya estaría ocupada por alguno de los muchos desempleados que deambulaban por los parques del Puerto. Su recontractación, en caso de que lo del comisariato fracasase, sería imposible de lograr.

Mientras Lorenzo se echaba unas jaculatorias emplazando a la divina providencia para que las cosas salieran como habían sido proyectadas, una araña clandestina entre el cargamento de cacao y bananos que el capitán había transportado el día anterior, escondida entre las ranuras, salió de su guarida con ganas de armar jaleo, pero nadie la advirtió. Se agarró del borde interior del pantalón de Lorenzo y estorbada en su propósito de continuar su ascenso por un inocente movimiento de la rolliza pierna de la negra que se esmeraba en mantener el equilibrio, descargó su frustración en la pantorrilla de Parima. Este no sintió el efecto del piquete sino pasados unos minutos cuando ya la araña había desistido de su aventura, regresado a su escondrijo, y la ponzoña hacía su efecto. Lorenzo se levantó el pantalón y descubrió una roncha colorada con un abombamiento acuoso en el centro. El escozor fue en aumento y, antes de rascarse, consultó con Plantintáh sobre la identidad del insecto malhechor, temiendo que fuese un alacrán. Las olas hacían incómoda la observación y en el aire chocaron la cabeza de Plantintáh con la de la negra que también quiso averiguar la magnitud del suceso. Los dos opinaron que se trataba de algún bichito inocuo y que el paciente podía rascarse a voluntad.

La quilla mantenía el rumbo y el capitán se orientaba por señales invisibles, buen conocedor de atolones, arrecifes y bancos de coral, mientras su marinero, un adolescente de ojos legañosos, procuraba poner nuevamente en marcha el

motor, sin lograrlo. Las velas amenazaban rasgar y el zarandeo del velero obligaba a todos a dar manotazos buscando invisibles puntos de apoyo en el aire, cada vez más húmedo, porque la lluvia penetraba mojándolos a todos. Baldazos sin conmiseración alborotaban a las olas enloquecidas que reventaban contra la borda y el agua salpicaba por doquier. Una bruma densa envolvía el panorama exterior ocultando completamente la línea del horizonte. Afectado por el pánico y por el piquetazo de la araña, Lorenzo vomitó su desayuno sobre sus pies y los de sus vecinos inmediatos. Frijoles y arroz, ácidos y a medio digerir brotaron escupidos entre café con leche y pedazos informes de tortilla de maíz. El accidente tuvo un efecto terapéutico pero no para el autor sino para sus víctimas. El temor a la tempestad, que había silenciado a todos, estalló en forma de burla cruenta contra Lorenzo, quien además de padecer el insufrible malestar de su mareo, hubo de pasar por la humillación de ser objeto de escarnio y menosprecio. Rudas carcajadas, lanzadas sin caridad alguna, celebraron su debilidad entre alusiones a su delicado estómago de blanco incapaz de resistir las mudanzas y los caprichos del mar. Él, intuyendo que en el interior de la cabina se desataba una venganza de carácter étnico, se limitó a limpiarse la cara con el pañuelo que llevaba para la fiesta, procurando despejar a sus toscos zapatones del compuesto pegajoso que había derramado sobre ellos.

El desahogo reivindicante terminó también por aplacarse y el miedo se adueñó de todos los pasajeros. No había forma de sostener el equilibrio y la negra gorda, de unos treinta años, cara redonda y facciones muy agradables, comenzó a gimotear y a decir oh, Lord, oh God. Sin que nadie se lo preguntara contó a gritos que sus hijos la esperaban, que no tenían a nadie más que a ella en el mundo y que no podía morir porque eran muy chiquitos y no había quien los acogiera, oh, Lord, oh, God. Un aliento de solidaridad conmovió a los pasajeros y se dieron a la tarea

de consolarla, pero pusieron tanto empeño en conseguirlo y fueron tantas y tan nutridas las demostraciones solidarias que Marian Anderson, necesitada solo de un par de palabras para calmarse, agobiada y aturdida, en el paroxismo de su tensión nerviosa, descargó contra Lorenzo un rudísimo manotazo porque confundió un inocente intento de este por sujetarse con un agarrón en uno de sus voluminosos muslos. En realidad la intención de Lorenzo había estado absolutamente desprovista de contenido procaz, pero un violento remezón de la barca transformó su desesperado propósito en un descarado ataque sexual. La mujer, ofendida, quiso tomar distancia de su vecino pero no había espacio hacia dónde escurrir su abundante anatomía y Lorenzo, para no repetir su desaguisado y evitar que las olas lo arrancaran de su sitio, no tuvo más remedio que colgarse del brazo de Plantintáh no fuera a suceder que la negra, en otro malentendido, le volviera a pegar. El hecho de hallarse tan aferrado a Plantintáh pudo haber sido también motivo de burla, pero ya para entonces eran muchas las horas de navegación y los pasajeros, pálidos y angustiados, en lo único que pensaban era en poner los pies sobre tierra firme.

—Estamos cerca de Monky Point -dijo el capitán, quien hasta entonces no había dejado escapar una sola palabra, ni su marinero, tampoco.

—Es mejor que bajen aquí y sigan su viaje a pie, el mar está muy picado -aclaró como si nadie se hubiera percatado de esto.

La lancha giró hacia la derecha recibiendo toda la fuerza del oleaje por la popa. De pronto aminoró el bamboleo y entró en una ensenada de aguas más tranquilas, protegida de la bravura del mar por compactos atolones que el capitán sorteó con extraordinaria habilidad. Pero la costa no se veía, uniformado el paisaje por un monótono color oscuro. Entre algunos pasajeros y el tripulante bajaron un bote, en el que subieron a la mujer, a Lorenzo y a los indios.

Sumergiendo los remos con energía el marinero los condujo hasta que un golpe blando los depositó en la arena. Solo al desembarcar avizó Lorenzo la silueta imprecisa de los árboles. Un viaje más hizo el bote y completó el traslado de los pasajeros.

La lluvia caía con furia y sin tener punto seco en el cuerpo, el grupo echó a caminar. Los indios se despidieron y se internaron en un sendero, montaña adentro. Poco después, la negra gorda se separó, sin despedirse. Un trecho más allá los últimos acompañantes se alejaron entre adioses y quedaron solos los futuros socios. Lorenzo seguía a Plantintáh sin ver dónde ponía sus empapados zapatones, mudo y enojado, mientras el primero deliberaba que la fiesta ya debería haber comenzado y que se estarían perdiendo lo mejor. Hasta donde Lorenzo había entendido, en Monky Point celebraban los quince años de Daisy Watson, la mejor amiga de Amanda Scarlet, lazo que se ataba alrededor de una circunstancia común: las dos eran hijas únicas, primas, por añadidura, y vivían juntas. En la misma casa también estaba Emily, la hermana de Plantintáh. Mr. Watson, el papá de Daisy, además de acoger bajo su techo a hijas ajenas era, según le había contado Plantintáh, un hombre muy rico. Esta última referencia tuvo cierto efecto sobre la psique de Lorenzo, aunque de una manera imprecisa, como esas informaciones que por el momento no nos son útiles pero que el cerebro almacena para cuando llegue la ocasión.

Los monos, guarecidos entre las ramas de altos almendros, miraban pasar a los mojados caminantes, mientras las olas reventaban sobre el roquerío cercano a la playa levantando imponentes cortinas de blanca espuma. Lorenzo advirtió con alegría que la lluvia amainaba, pero su contento no duró mucho rato porque a la penumbra del temporal siguió la negrura de la noche. Sombras profundas los envolvían cuando la lluvia se detuvo abruptamente, como es usual en el trópico. Plantintáh caminaba con la

seguridad de quien ha crecido en el contacto pleno con la naturaleza sobre la cual andaba y el pobre Lorenzo, a ciegas, hacía grandes esfuerzos por no distanciarse de él, acongojado porque sus zapatones se hundían en el lodo obligándolo a desacelerar la caminata. Con estas dificultades el tiempo se hacía interminable y le parecía que nunca llegaría a su destino.

Como si la fiesta incluyese protocolos preliminares de orden sobrenatural, repentinamente se abrió un espacio en el cielo encapotado y un cacho de luz lunar se asomó atenuando las tinieblas.

Una mole grande rompió la uniformidad del follaje sobreponiéndose a la opacidad general. El espectro, iluminado por dentro, surgió evocando sagas y leyendas, cuentos de ánimas y duendes, lejanos terrores infantiles a seres poderosos e incomprensibles de misteriosos propósitos y tenebrosos designios. Lorenzo se detuvo, asustado, y el otro se le acercó sonriendo, separados los labios, entreverando los dientes blancos en gesto que a Parima le supo algo siniestro.

—Esa es la casa —susurró Plantintáh, con la reverencia que preludia a un encantamiento.

Se internaron por un sendero de grava y arena, entre siluetas de platanillos y árboles frutales. Enclavada entre la arboleda, la casa dejaba salir por sus ventanas bajas la luz incierta de muchas candelas. Un haz de plata cruzó las altas palmeras y fue a dar de lleno sobre el amplio corredor cercado por una baranda ornamental, al que se accedía por una escalera. Las ventanas de la planta alta estaban cerradas y la fachada, forrada de madera en tablilla de colores indistintos y difusos en la oscuridad, no carecía de distinción y señorío.

Del interior salía el gemido de un chas chas mal afinado y un escándalo que fue aumentando de volumen en la medida en que se acercaban, hasta que se pudo distinguir

el ritmo de un alegre calypso que un solista cantaba y otros careaban.

Treparon la escalera y Plantintáh, en lugar de entrar por la puerta, de par en par abierta, se deslizó con pasos cautelosos de felino hacia un rincón en penumbras, haciéndole discretas señas a Lorenzo para que lo imitara.

En silencio abrió su maleta y comenzó a quitarse la camisa. Lorenzo hizo lo mismo, cambiándola por otra casi tan empapada como la que traía puesta, igual de basta y ordinaria, mientras el negro tapaba el ancho torso con una de seda tan blanca como sus dientes y completamente seca, porque tomó la sabia precaución de envolver su ropa en tela de caucho.

Lorenzo se sintió disminuido al ver la elegancia de Plantintáh: pantalones negros de gabardina, con tirantes, chaleco y zapatos de charol, rematado el fino atuendo con un par de guantes de impecable albura en los que embutió sus manazas de boxeador. El peine entre sus cortísimos rizos lo dejó listo para hacer su ingreso al cumpleaños de la joven Daisy. Colgaron la ropa húmeda en el barandal y se aprestaron a entrar. En ese momento un rumor de carcajadas salió por la puerta celebrando el estribillo del calypso, el que debía tener una letra muy pícara. Lorenzo, quien ya iba a cruzar el dintel, interpretó aquellas risas como una burla que le estaba particularmente dirigida y se puso rojo por la humillación. Pero no había tal. El calypsonian repitió el estribillo sin que Lorenzo lograra entender su significado. Hubo un rascar de instrumentos de cuerda y la música se apagó para volver a comenzar. Entonces Plantintáh lo tomó confiadamente del brazo y pasaron adelante. Ninguno de los dos hombres, y nadie de los que reían adentro, podían sospechar que, en ese mismo instante, los tanques alemanes iniciaban su arrollador avance sobre Varsovia.

El aspecto del interior de la mansión del papá de Daisy Watson no se decidía entre las veleidades de un frívolo

velorio o una alegre misa negra. Por todas partes había velas ensartadas en cuellos de botellas, sobre mesas y mesitas cubiertas de manteles tejidos a ganchillo cuyos complicadísimos dibujos adquirirían movimiento y vida ante las llamas inquietas de las candelas. En el centro de lo que parecía la mesa principal, tapizada de platos de comida, dos grandes lámparas de keroseno pugnaban por arrebatarse el brillo a sus modestas compañeras de cera. Loza y cristalería lanzaban destellos triunfantes devolviendo los reflejos de la luz que recibían. Un conglomerado humano bailaba al ritmo reiniciado por una pequeña orquesta incansable compuesta de un banjo, una dulzaina, un tambor hecho con un barrilito de clavos, vacío, y un rallador de cocos raspado con un tenedor. El pequeño universo de invitados giraba alegremente, danzando una cuadrilla, y en el rincón donde caían las sombras se veía bailar a las camisas solas. De una ojeada Lorenzo constató que era el único blanco de la fiesta.

Un hombre, vestido como Plantintáh, pero con sombrero, pasó a su lado sosteniendo la cintura de una joven mujer envuelta en tafetanes color rosa. Esa era miss Emily, quien, por estar entregada a los placeres de su ritmo, no lo vio, y que le sería presentada poco rato después como la única hermana de Plantintáh. En ese entonces miss Emily era una mujercita provista de lo que suele llamarse belleza del diablo, graciosa apariencia que da la juventud y que desaparece con los años.

Plantintáh se dejó engullir por el tumulto alborotado en bienvenidas, y Lorenzo Parima se quedó tímidamente junto a la puerta, excluido, amoscado y sin saber qué hacer. Cuando el otro se acordó de él para presentarlo, el blanco tuvo que pasar por la incomodidad de ser observado como un espécimen raro, sin entender nada de lo que le decían. Después que pasó la ceremonia de las presentaciones y que él estrechara un sinnúmero de manos negras que le parecieron todas iguales, le dieron de beber, de la panzona ponchera instalada en el centro de la mesa principal, un

licor con sabor a toronja que le supo muy mal a su estómago vacío.

Como no entendió lo que le hablaban, preso de un incómodo ataque de timidez, se retiró a un sitio arrinconado desde el cual podía contemplar a sus anchas la algarabía, mientras dilucidaba qué comida le venía mejor y cuál plato le parecía más succulento. Finalmente se decidió por un trozo de pan bon, más por la comodidad de coger el pedazo, sin plato ni cubiertos, que porque realmente lo deseara.

Revoloteaban las mujeres envueltas en sutiles organzas, como delicados insectos o exuberantes frutos maduros de piel de raso rojo. Distinguió a Plantintáh con una muchacha. Por la manera como la estrechaba y por las miradas que le dirigía, calculó que sería Amanda Scarlet. Curioso, la miró con atención. Plantintáh no solo no mintió sino que le faltaron adjetivos. Sobre un largo cuello de cisne negro, descansaba la cabeza modelada tal que si el ébano fuese arcilla. La delicada nariz, de respiración ansiosa, arrespingaba sobre la boca carnosa y carmesí. Los ojos rasgados, no redondos, y los altos pómulos sometidos a tensión por el peinado, le daban un leve toque oriental. Llevaba los hombros descubiertos. La suave textura de terciopelo de su piel quedaba interrumpida, sobre los senos, por la tela del vestido, efecto tornasolado conseguido por la astuta superposición de numerosas capas de tul de diferentes colores. La luz y la danza jugaban con los tules arrancando variaciones cromáticas que la asemejaban a una gran libélula en pleno vuelo. Obra perfecta de la naturaleza, todas las artes del África negra se habían puesto de acuerdo en definitivo consenso: Amanda Scarlet era una estatuilla de Dogón, una pieza de madera de Yoruba, una escultura de Bambara, un marfil de Nigeria, estilizada tinaja de Manbetu, talla de Baulé, bronce de Benin, barro de Dahomey... Nada había dejado el azar a su hechura. Todas las materias primas, las vegetales, las minerales, se habían utilizado en trabajo colectivo de exigentes artesanos, enamorados de su

obra al punto de no querer abandonarla, insatisfechos siempre con el bruñido final.

Para Lorenzo Parima la fiesta desapareció, Plantintáh y todos los asistentes dejaron de existir. Ni negocios, ni proyectos, ni capital, ni dinero. El comisariato fue un conjunto de tablas inútiles y el tiempo un reloj derretido por el deseo de la posesión. Lorenzo Parima se dejó enredar en el vestido de Amanda Scarlet, metió las manos bajo los velos y subió la boca ansiosa por las piernas largas, a beber la miel de su esencia. Ella, sin tener la menor idea de los pensamientos que su cuerpo estaba produciendo en la fantasía del invitado blanco, ajena a la pasión obsesiva que en ese momento brotaba como mala hierba, bailaba versátil como un bejuco doblando la cintura, acoplándose sin torpezas al cuerpo de Plantintáh quien, igualmente ignorante de lo que le estaba ocurriendo a su amigo, se sumergía en los ojos de la hermosa y en la felicidad de la danza compartida. Las manos enguantadas del negro sobre la flexible cintura de su compañera, tomaban y soltaban, asían y emancipaban, en un juego de prendimiento y liberación que indignó a Lorenzo. Si fuera él, se dijo, la estrujaría contra su pecho, contra su sexo, la encerraría en su brazos y la obligaría a declararse sierva, convicta y rea. Abandonó el rincón donde se había parapetado y se metió entre los bailarines, se plantó frente a la pareja y con aire retador exigió la pieza.

De lo que pasó después nada recordó Parima. No supo lo que comió ni lo que bebió, ni lo que conversó. Olvidó absolutamente todo lo ocurrido durante la fiesta, olvidó los platos atiborrados de rondón, de langostas y macarelas, de pudings de coco y banano, olvidó a los invitados que tan alegremente bailaban. Pero nunca jamás olvidaría el calypso que la orquesta tocaba en el momento en el que él extendió los brazos para abrazar a Amanda Scarlet y ella retrocedió ante las manos toscas, callosas, sebosas y, sobre todo, desnudas. Con el tiempo, Lorenzo entendería que la razón

del rechazo fue el miedo de ella a que sus manos húmedas dejaran, estampada, una mancha de grasa sobre su vestido nuevo. (Años después de este episodio, Lorenzo consiguió un par de guantes blancos de un oficial de la marina norteamericana. Pero para ese entonces los guantes habían pasado de moda y, cuando se los puso, hizo el más completo y absoluto ridículo).

Si el incauto Plantintáh hubiera sospechado, en aquella ocasión, lo que su novia hacía crecer en el corazón de su socio, Lorenzo no hubiera visto el amanecer. Plantintáh jamás se hubiese dado el trabajo de conseguir hachas y sierras para cortar las tablas del comisariato, ni hubiera arriesgado su vida cruzando los ríos a pie con las dichas tablas sobre los hombros, ni hubiera sudado, como lo hizo, clavando y serruchando, trepado en escaleras y arrastrándose por el piso. Pero como la locura pasional de Lorenzo le pasó inadvertida, llegó el momento en que el desperdigado vecindario de la costa contó con un comercio donde satisfacer las modestas y elementales necesidades de sus pocos habitantes, sin tener que hacer la costosa y peligrosa navegación hasta el Puerto.

El comisariato no salió muy fiel a lo soñado porque el aporte de Amanda fue mucho menor de lo que se esperaba, porque la guerra europea perturbó la economía de todos los países del mundo, y porque pasó un cierto tiempo antes de que se eligiera el lugar apropiado. Lorenzo quería quedarse en Monky Point, donde se concentraba el núcleo más importante de la futura clientela, y Plantintáh quería un lugar intermedio y equidistante entre el Puerto y Monky Point para facilitar el transporte de la mercadería y atrapar a los posibles clientes de las montañas: los indios. Al fin, transaron. Fieles creyentes en augurios y agorerías, los dos estuvieron de acuerdo en que el punto de la buena suerte era el mismo en el que habían desembarcado cuando la tempestad. Además, su tranquila ensenada permitía la construcción de un muelle para comodidad de los que no

tenían más comunicación que el mar. Y aunque era apenas una pequeña y pacífica entrada de mar, dieron en llamarla bahía.

Cuando el incipiente comercio realizaba sus primeras ventas de ferretería, bazar y comestibles, y los socios sumaban sus pequeñas ganancias, Lorenzo escuchó lo que nunca en su vida hubiera querido oír: su socio pedía un anticipo sobre futuras utilidades para construir su casa y la de Amanda. Porque, dijo, si uno no organiza la vida, la vida lo desorganiza a uno.

Los trámites civiles y religiosos de un matrimonio formal, concebidos como adorno innecesario, se dejaron para cuando hubiese tiempo y ganas. Plantintáh Robinson y Amanda Scarlet nunca llegaron ante juez alguno, lo que no fue impedimento para que ella pasara, desde el momento en el que se fue a vivir con él, a llamarse miss Amanda, en reconocimiento a su ingreso en el mundo de las mujeres adultas. Plantintáh no escatimó sus esfuerzos en darle una vivienda cómoda. Construyó una casa de pura madera de cedro, de una planta, pero amplia y con su buen corredor casi sobre la misma arena de la playa para que el mar fuese testigo de su felicidad. La pintó con alegres colores y la techó, debidamente, con láminas acanaladas. La casa, rosa viejo con los marcos de las ventanas verde botella, tenía dos cuartos amplios, una cocina y se levantaba sobre postes de metro y medio de altura, para evitar inundaciones y aprovechar el espacio inferior como bodega. Era -según opinaban los clientes del comisariato- la casa más lujosa de todo el contorno después de la de Mr. Watson en Monky Point.

Plantintáh, generoso con su felicidad, sufría viendo a su socio tan solo, durmiendo en un cuartito adicional a la estructura del almacén, en condiciones paupérrimas y ascéticas. Hizo celestinos esfuerzos para que cortejara a su hermana Emily, o a la fea Daisy, pero Lorenzo no sentía el menor interés en atar su vida a la de nadie que no fuera

Amanda. Y si la juventud graciosa de Emily no le aceleraba el corazón, menos la pobre Daisy, a quien la naturaleza había escatimado tanta gracia como la fortuna había puesto en dotarla con dinero y riquezas. Pero hasta una unión por interés desestimó Lorenzo, a tal grado lo había cautivado la hermosura irresistible de Amanda Scarlet.

Trabajaba como una mula, sin apreciar la belleza del mar que tenía enfrente, atendiendo con eficiencia las necesidades de sus clientes, los que poco a poco se iban habituando a caminar o navegar hasta la ensenada, y el negocio prosperaba lento pero seguro. El lugar estaba tan aislado del mundo exterior, que no había en qué gastar el dinero, el cual volvía a reinvertirse sana y saludablemente en nuevos sacos de azúcar, machetes y cerillas. Plantintáh tuvo la ocurrencia de poner algunas bancas en el amplio corredor sobre la playa y los que venían aprovechaban para descansar y tomar aliento antes de iniciar el regreso, lo que en cierta manera fue el incentivo para que algunos comenzaran a trasladar sus pocos enseres, sus familias o su soledad, y se asentaran en las cercanías. Algunos ranchitos de maquengue y techos de palma se levantaron entre la espesura, y los terrenos baldíos y selváticos, propiedad de nadie y de todos, fueron delimitados con simbólicas plantas de hojas rojas sin que nadie discutiera linderos ni límites, ni cercos. La selva densa, sus tremendos árboles, fue moderando su salvajismo y por aquí, por allá, empezaron a aparecer matitas de cacao sembradas en los claros, prometedoras, en el futuro, de abundantes cosechas. Caían los altos sangrillos a golpes de hacha y sus troncos mojados de savia roja permanecían tendidos en el suelo, como cuerpos degollados, hasta que la lluvia, la podredumbre y los insectos hacían el resto. Ahí había demasiada tierra para muy poca gente, reflexionaba Lorenzo, recordando sin nostalgia los modestos potreros de su infancia.

Tolerante y siempre dispuesto a la generosidad, Plantintáh no puso objeciones cuando Lorenzo encargó un

tarro de pintura amarilla, color pico de tucán, con el que escribió PARIMA Y CIA. sobre la puerta de dos hojas del comisariato, y aceptó, de buen humor, el que la gente de los alrededores comenzara a llamar Parima Bay al lugar que, hasta ese momento, carecía de nombre.

Plantintáh, entregado a la contemplación de la belleza de Amanda, se afanaba más por satisfacer las necesidades de esta que por atender a la prosperidad del negocio. Mientras Lorenzo pasaba el día pesando clavos y empaquetando el arroz en bolsas de cinco libras, el enamorado negro construía un gallinero, techaba el horno para el pan, y se internaba en la montaña a traer plantas ornamentales para hacer un jardín. A sugerencia de Lorenzo sacaba del comisariato, de fiado, las zarzas y los percales que requería Amanda para ornamentarse a sí misma y para decorar puertas y ventanas; cargaba a su cuenta tazas y platos de loza, cubiertos, ollas y cristalería; encargaba al Puerto sábanas, mantelería holandesa y hasta se hizo traer un mullido colchón relleno de algodón y una máquina de coser. Lorenzo, en vista de que su socio no se hacía cargo de sus tareas -y también para servirse de un intérprete- contrató a un muchacho cuyo salario cargó a la cuenta de Plantintáh. De tal suerte que, a fin de mes, cuando Lorenzo sumaba y restaba en su cuaderno de contabilidad, el otro salía con un debe que el primero se apresuraba a arrastrar a la columna del mes siguiente, sin perdonar ni los centavos. Esta fue la manera más efectiva que encontró la perversidad de Lorenzo para vengarse y así atenuar el insoportable mordisco de la envidia y de los celos, ofendido por la insolente felicidad del su socio, siempre sonriente, abierto a la vida. Y más cuando entró un día gritando, a voz en cuello, para que el mundo entero se diera por informado, que Amanda Scarlet había perdido sus reglas.

Ella, por su parte, llevaba, oculta en su casa, un ritual privadísimo, que consistía en alimentar y engalanar a Plantintáh. El que se acercara por sus territorios podía verla

muy ocupada puliendo los pisos con una cáscara de coco, descarnando pargos colorados, o atareada con una plancha rellena de brasas al rojo vivo, a la que constantemente soplaba, esmerándose en el alijamiento de su casa y del hombre más bello de la región. Amanda Scarlet y Plantintáh Robinson eran dos avecillas extasiadas en su mutua contemplación, periquitos de amor que pasaban el tiempo aseándose las plumas el uno al otro.

Lorenzo aprobaba los afanes de la mujer para agasajar a su hombre, pero despreciaba los afanes de este por homenajear a su mujer: está bien, se decía, que él disfrute de sus carnes, pero está muy mal que por eso abandone su trabajo en el comisariato. Y predecía, para un futuro muy cercano, un tipo reblandecido a quien su mujer dominaría completamente. Su envidia y sus celos los reducía a dos frases: una, la risa abunda en la boca de los tontos; la otra, Plantintáh no tiene huevos. Y una tercera murmurada con profusión de saliva, al negro le canta la gallina, De donde concluía, lapidariamente, que una gallina no es rival, así que muy pronto la misma Amanda acabaría por despreciar a su marido. Entonces aquí entraría él, Lorenzo, que no era ninguna mazamorra en cuanto a carácter, y ella caería redonda a sus pies.

El tiempo pasaba, el comisariato iba viento en popa, la cuenta de Plantintáh crecía y crecía también la barriga de Amanda Scarlet, y el amor entre los dos. Lorenzo, carcomido por la envidia, no se aguantó y una noche se escurrió entre las sombras hasta la casa de sus vecinos, se metió debajo, entre los altos postes, procuró atisbar entre las tablas irregulares del piso. No vio nada porque todo estaba a oscuras pero escuchó. Más le hubiera valido no hacerlo nunca. La casa se remecía como un velero en tempestad, y el aire se hinchaba pletórico de gritos, grititos, palabras enteras e interrumpidas, suspiros, gemidos, aullidos, quejidos y aterradores bufidos de mapaches encelados. Lo peor es que a cada pausa de tranquilidad y silencio,

despertaba la sonajera con nuevos bríos. Finalmente, Lorenzo se retiró porque temió que las patas de la casa, demasiado débiles para sostener el huracán del amor, cedieran, y fuese descubierto, clandestino mirón, aplastado por el fanatismo erótico de la pareja.

Esta experiencia tuvo un efecto letal. Aumentó su deseo de tal forma que durante el día, y muchas veces en el mismo día dejaba a sus clientes sin dar explicaciones, interrumpiendo su trabajo, para buscar alivio en manipulaciones solitarias hechas a prisa y sin cuidado entre los sacos de maíz y los fardos de frijoles. Acicateadas así las ganas de ver a Amanda Scarlet desnuda, elaboró la primera acción de la bellaquería más grande que cometió en su vida, y eso que bellaquerías cometió muchas y todas grandes. Se levantó una madrugada para sorprenderla durante sus abluciones en el río manso que pasaba cerca de su casa. Eran las cinco de la mañana, el sol despuntaba por detrás de la fronda. Ella llegó, sola, quitándose el vestido por el camino, de modo que mucho antes de sumergirse en el agua -provista de una pastilla de jabón y un limón cortado en dos mitades-, ya exhibía su vientre redondo y sus pechos abultados por la maternidad. El deseo de Lorenzo no se aplacó por esta circunstancia, al contrario, le pareció más deseable que nunca y mientras ella, sentada en un remanso, procedía a su meticuloso ritual de aseo, Lorenzo hacía partícipes a los blancos heliotropos, entre los cuales se había agazapado, de una precipitada e insatisfactoria masturbación.

Día a día la siguió sin que ella lo advirtiera. A medida que avanzaba su preñez, Amanda aumentaba sus canturreos y coqueteos con el agua. Daba unos pasos de danza para entrar en calor, sosteniéndose sobre sus vigorosos pies, hundía el dedo gordo para palpar el frío, y luego se deslizaba hasta sumergir su cuerpo entero. Lorenzo, con el corazón en la boca, llevaba a cabo su secreto sacramento, reprimiendo las ansias de lanzarse

sobre ella y llevársela, raptada, a lo más oscuro de los matorrales. Cuando ella salía del agua para embutirse en uno de esos vestidos de algodón estampado que se cosía con las telas del comisariato, recogíendose la mata de pelo denso en un apretado moño sobre la nuca, y se marchaba con su despreocupado canturreo, Lorenzo partía al único consuelo que tenía en este mundo: el éxito mercantil.

Un día apareció Plantintáh detrás de su mujer y se metió con ella en el agua. Ante los ojos del mirón se realizó, de cara al sol, el mismo juego del amor del cual solo conocía el acompañamiento musical. Esta vez los pajaritos mañaneros celebraron el culto a la vida con gorjeos entusiastas que terminaron cuando el remanso recuperó la cordura y el enamorado se dio a la grata tarea de embadurnar, con el zumo del limón, los pechos a punto de estallar de la conquillosa que se dejaba hacer entre risas y pellizcos jolgoriosos. Salió del agua Plantintáh y se quedó en ella, retozando, Amanda. Lorenzo vio como el negro se secaba con su camisa, embutiendo sus interminables piernas en los pantalones y echaba a caminar en dirección a su casa. Con la desconfianza instintiva de quien custodia un tesoro precioso, al pasar cerca de los heliotropos, Plantintáh advirtió un sutil movimiento que lo inquietó. Fingió que seguía su camino y unos pasos más allá se detuvo y retrocedió sigilosamente, temiendo la presencia acechante de un lagarto o el disimulo de un felino. Se acercó con la mayor precaución para no ser visto ni oído y descubrió a Lorenzo con los ojos desorbitados fijos en la desnudez de Amanda. El pobre no supo cuándo perdió el conocimiento, porque Plantintáh dejó caer el puño sobre la cabeza del mirón y se retiró al instante para no alarmar a su mujer, quien no se percató absolutamente de nada.

Cuando Lorenzo despertó, Amanda se había marchado. El río cantaba serenamente su canción de rutina y el agua y los árboles giraban alrededor de su dolorida cabeza sin que él supiera por qué. Inicialmente creyó haber sido atacado